

Manuel Chust  
Universidad Jaume I de Castellón  
Encarna García Monerris  
Universitat de València

Un difícil equilibrio recorre este libro. Nos referimos a su coordinación, tarea de quienes ejercemos de editores y ahora escribimos este prólogo. Y nos referimos a sus capítulos, responsabilidad de cada una de las personas que firman esas páginas. Aludimos igualmente a su concepción general y a estas líneas iniciales redactadas ya teniendo presente el resultado final.

Es este el difícil equilibrio a que nos obliga un libro de homenaje. Por ser tal cosa, el volumen discurre entre el afecto y las vivencias acumuladas, muchas de ellas durante toda o casi una vida. Discurre asimismo entre las relaciones profesionales y, siempre, el respeto, con frecuencia admiración, por la persona e historiadora homenajeada. Y todo ello –si lo hemos logrado– sin que ese cúmulo de sensaciones, recuerdos y emociones nos hagan caer a autores y coordinadores de este libro en el puro ditirambo. O en la glosa de adulaciones banales.

Sin embargo, en este caso, el “equilibrismo” intelectual y emocional ha sido más sencillo. Primero, por la respuesta de quienes aquí colaboran. Los autores, tras recibir la invitación, aceptaron de inmediato unirse a esta empresa, sin importarles el plazo de entrega de sus trabajos o los temas propuestos. Segundo, por los consensos que suscita quien es objeto de homenaje. Tanto dentro como fuera de este libro, Carmen García Monerris, la historiadora y la persona, la persona y la historiadora, reúne un bien preciado, esto es, un gran acuerdo en el gremio. Se la reconoce y se justiprecia ampliamente su valía.

Y ello tanto por su obra, por su trayectoria, como por su actividad docente y compromiso académico a la vez que social. Y aquí se confunden y se entrecruzan el ser humano y la profesional de la historia. Y podríamos decir que ambas, persona e historiadora, se funden suscitando un gran respeto intelectual bien merecido, tanto en el ámbito docente como en la actividad investigadora. Y en este difícil consenso también están incluidas las discrepancias historiográficas que debe haber en nuestra profesión. Lo cual hace que su obra tenga un valor añadido.

Quizá el epígrafe general de su último libro, titulado *Mérito, virtud y ciudadanía*, pueda rotular y sintetizar tres conceptos que resumen su trayectoria. *Mérito, virtud y ciudadanía* de Carmen, además de la del personaje al que ha dedicado treinta años de investigación, esto es, José Canga Argüelles.

La de Carmen no es una carrera académica apresurada. Cumple, como se explicita en las siguientes páginas, las etapas acostumbradas en aquellos años para su estabilización, la que le dotará de cierta tranquilidad para proseguir su tarea docente e investigadora. No sabemos si también su misión histórica. El apresuramiento no ha estado nunca en su agenda, ni en la docente ni en la historiográfica. Aunque, como bien sabemos, forma parte hoy en día del sistema, cada vez más, de la carrera universitaria.

Su obra no solo destaca por su coherencia. Destaca especialmente por la solidez y el rigor. Como si la hubiera programado de antemano. Cocinada a fuego lento. Porque a su incansable afán lector, se une el gusto por el archivo, el placer que obtiene al escudriñar en las fuentes primarias, al tocar y tantear el documento, al husmear entre sus páginas, al oler el papel dieciochesco y decimonónico.

Y esto que decimos no es una simple metáfora. Para Carmen, es como si la consulta de la fuente fuera a proporcionarle una vía de ingreso, una grieta por la que adentrarse en el tiempo histórico que exhuma. Para, después, reflexionar, pacientemente, con el objeto de comprender todo ello, las acciones humanas. En realidad, Carmen es una estudiosa del saber histórico y, siempre, social.

Y, cuando empezaba y después, al ponerlo en el escenario, tanto en la tarima como en el atril, quizá le ayuda su tono de voz grave, un tono rotundo, que traslada seriedad a lo explicado, gravedad e importancia a lo dicho, convencimiento a lo argumentado. Ese tono serio, que no severo, contrasta frecuentemente con el contenido, pues este lo adorna, en especial en sus clases, con notables dosis de ironía. También en el apartado personal.

De este modo, su trayectoria historiográfica es fácil de trazar. En los años setenta, es hija de su tiempo historiográfico, vale decir, de la irrupción de nuevas generaciones de estudiantes predoctorales que traían no solo planteamientos nuevos, sino método y tesis que resultaban irreverentes para el tardofranquismo y su historiografía tradicional, incluso tradicionalista. Carmen debuta en la investigación con barricadas y gremios. Liberalismo progresista e ilustración es el cóctel. Los coautores, historiadores de excepción, son Juan Sisinio Pérez Garzón y José Luis Peset, respectivamente.

En la década de los ochenta, tras un tiempo en el Departamento de Historia Económica de Valencia, ya en el Departamento de Historia Contemporánea de la misma Universidad, los temas que aborda también marcan unas señas de identidad: las propias de la denominada escuela valenciana por aquellas décadas. Por descontado que el estudio de la crisis del Antiguo Régimen será uno de esos rasgos, en el que brilla con luz propia la “cuestión señorial” a la que Carmen, pronto, incorporará la “cuestión del patrimonio real”. Y en esta no tardará mucho en entrar, abordando especialmente el problema de su disolución. Y aquí, la Albufera se cruza en su camino. Y la Corona, por supuesto. También un tal Canga Argüelles.

Es 1979. En aquellos años y en Valencia, leer a Dobb, Sweezy, Hilton o Takahashi es prácticamente obligado, y debatir transiciones del feudalismo al capitalismo en las

aulas de la facultad por las mañanas se confunde con el debate político de la propia transición a la democracia española...

Discusiones por las mañanas, por las tardes y por las noches en las aulas, en los pisos, en las sedes y también en los cafés, en los bares y en los pubs o, como se conocen en aquel entonces, en garitos. Luz de gas. También de libros, librerías y librerías, todas en transición desde la clandestinidad a la democracia... que tardará. Carmen está presente en esas reflexiones que prolongará y consumará, dos décadas después, al redactar y redefinir, ni más ni menos, conceptos como el de Señorío. He aquí lo de cocinar a fuego lento que decíamos...

Nuestra homenajeadada siempre ha demostrado un gusto especial por moverse en transiciones, tanto macro como micro, tanto cronológicas como ideológicas, tanto personales como colectivas. Y sigue demostrando enorme pasión por investigar esas transiciones: y más que sus estructuras, que también, sus coyunturas y, en especial, los protagonistas de estas. La biografía, como temática de estudio, apareció bien pronto en su agenda de investigación.

En sus investigaciones prima comprender a los ilustrados, las reformas que emprendieron para no encuadrarlos en la injusta casilla del “fracaso”, especialmente cuando se miraron en el espejo de la revolución y sus liberalismos. En realidad, en buena parte de sus estudios hay admiración por ellos, por su tenaz voluntad de navegar en aguas contradictorias, en el valor del diagnóstico de sus propuestas e, incluso, en la cierta utopía de llevarlas a cabo.

Hay también un esfuerzo intelectual e intelectual frente a la incompreensión injusta de ellas. Pero, sobre todo, hay un especial afán por resaltar sus conocimientos y saberes, al tiempo que su voluntad decidida, honesta, legítima, de contribuir a apuntalar un edificio en ruinas mediante la razón. En resumen, comprender la reforma y a los reformistas antes que la revolución: en especial, para entenderla.

Baja, junto a su hermana Encarna, al terreno sustancial del sujeto, de los protagonistas. Se siente cómoda indagando personajes y acciones entre la ilustración y el liberalismo, entre los primeros liberalismos, entre la moderación y la radicalidad, entre la reforma y la revolución, entre la propiedad señorial, preferentemente Real, y su disolución, preferentemente antiseñorial y antimonárquica.

Demuestra un gusto por estudiar y comprender no solo a los ilustrados, sino también a los moderados absolutistas y a los preliberales, a los tardoilustrados. Por su pluma pasan Cavanilles, Campomanes, Riberles, Borrull... pero también “conspicuos” absolutistas como Francisco Javier Elío. Pone color y matices a la que era una historia en blanco y negro, de binomios apriorísticos o de etiquetas caducas. Reclama con ello una dosis de diversidad, pero también de dinamismo en un viejo mundo en transición que se resiste a verse superado por las ideas y el empuje económico de los planteamientos de un mundo nuevo.

Y es de valorar. No solo porque a estos personajes no los “juzga” históricamente, sino porque en aquellas décadas de los años ochenta y noventa del siglo xx será casi una *rara*

*avis*, dado que lo común, “lo” atractivo, es el estudio de los sujetos revolucionarios del proceso revolucionario liberal burgués español: los liberales gaditanos, los progresistas, los demócratas, los republicanos, los federales, los internacionalistas...

Para Carmen resultarán decisivos un periodo histórico y sus protagonistas que rescatan una visión constitucional y parlamentaria, a la vez que también demócrata e, incluso, republicana, de los orígenes históricos del Estado nacional español... una visión sepultada por cuarenta años de dictadura militar. A esas concepciones atrasadas, vetustas pero dominantes, Carmen se enfrentará.

Era aquella una historia nacional-católica que condenaba y descalificaba cualquier posibilidad de elaboración de un pensamiento hispano ilustrado y liberal. Era aquella una historia oficial que tachaba de extranjera o extranjerizante cualquier iniciativa del reformismo o del liberalismo, relegándola por ser supuestamente ajena a la tradición y a la esencia españolas. De esta forma, no es extraño que para buena parte de estas generaciones, el estudio del Antiguo Régimen de la Monarquía absoluta se entreviera en su derribo con el inmediato y presente del antiguo régimen franquista. Dos transiciones históricas, la estudiada y la vivida.

Quedará, no obstante, la dedicación de toda una vida. Nos referimos a un “amor” historiográfico que le ha correspondido. Confesable. Nos referimos a un omnipresente José Canga Argüelles, a quien dedicará su estudio a lo largo de casi treinta años, madurando su respuesta. Y ello, desde sus primeras publicaciones a fines de los setenta, hasta la biografía final de 2021.

También tendrá tiempo para adentrarse en obras de divulgación, aquellas que piensa que debe a la ciudadanía, tanto la española como la valenciana. E, incluso, ya en el siglo XXI, osará involucrarse activa y teóricamente en reformas universitarias. Y escribir sobre ello.

Este libro recoge parte de todo lo descrito, tanto en las personas que acompañamos a Carmen en este merecido homenaje, como en los temas tratados por los autores a lo largo de medio siglo. Así están presentes antiguos colegas, viejas amistades, compañeros de departamento, alumnos y discípulos de aquellos ochenta y noventa y nuevas generaciones que, sin recibir su maestría en las aulas necesariamente, lo han hecho. Esto es: Pedro Ruiz Torres, José Luis Peset, Elena Hernández Sandoica, Ignacio Fernández Sarasola, Telesforo M. Hernández, Emilio La Parra López, Josep Escrig Rosa, Ivana Frasset, Juan Sisinio Pérez Garzón, Justo Serna, Analet Pons y Marc Baldó.

Y sus temas, desde la historiografía y su uso político hasta la ciencia e ilustración, desde la historia constitucional a la biografía de un revolucionario liberal valenciano, desde la figura póstuma del Rey a su protagonismo y cohabitación en el Trienio liberal, desde la contrarrevolución a la insurgencia americana, desde la aparición del “pueblo” a la concreción de la vida burguesa, para cerrar con una semblanza de aquellas generaciones de intelectuales que lucharon por la cultura, lo que suponía también contra el franquismo.

A todas las personas que aquí participan, nuestro agradecimiento por estar siempre al lado de este homenaje y homenajeada.

También nuestra deuda con Ramiro Domínguez, director de Sílex, por haber acogido desde el primer momento con total receptividad e interés esta propuesta de publicación.

Y a quienes lucharon y aún luchan en la medida de sus posibilidades contra el oscurantismo: en nombre de las Luces, como Carmen se encarga cada día de demostrar.